

Crónica Literaria

LA FRONDA ARISTOCRÁTICA EN CHILE", por Alberto Edwards.

I

La excelente segunda edición —la primera era pésima— parece que hubiera mejorado hasta la calidad intelectual del libro: se le siente más vivo ahora, más penetrante y seguro que años atrás, y también más claro, más despejado.

Es la única historia política de la República que existe.

No nació de los documentos, de la paciencia ni de largas investigaciones en los archivos, sino de un cerebro plétórico que estaba, sin saberlo acaso, ansioso de echar afuera cuanto sabía y aprovechó una ocasión periodística para decir y, sobre todo, para contradecir.

Porque sí, en muchos aspectos, don Alberto Edwards tenía mentalidad inglesa, en ése no podía negar su ascendencia española: gustábase profundamente la discrepancia, experimentaba el placer de no estar de acuerdo, lanzar de pronto, inesperadamente, «un sorprendente paradoja y quedarse en seguida mirando regocijado el efecto que producía.

Aquel gran conservador ocultaba un fondo subversivo.

Haciendo la autopsia de la sociedad chilena, con una falta total de prejuicios, señala su composición híbrida, mitad feudal, aristocrática y terrateniente, mitad burguesa, comerciante y judía, frondista en política, altanera, ansiosa de poder y rebelde, lo que corresponde a un tipo psicológico señorial, mientras en cuestión económica demuestra economía, previsión, orden, sentido del dinero, falta de imaginación y estrechez de criterio, rasgos todos esencialmente burgueses y anti-aristocráticos.

Tal era la clase dirigente. La clase media no existía. El pueblo tampoco. «La importancia que nuestros antiguos historiadores concedieron al piquillaje fué una de las muchas fantasías de la época romántica de nuestra literatura y en parte también la adaptación infeliz a nuestra sociedad de problemas leídos en autores europeos, pero inaplicables a Chile». Aquí hubo ese fenómeno nacional, específico y excepcional, esa especie de accidente que no sabía siquiera ubicarse a sí mismo: la mezcla del burgués y el aristócrata. «En Europa, el burgués pudo parecer respetable u odioso y, en todo caso, fué un poder independiente y dueño de sí mismo, capaz de triunfar sobre los aristócratas y los plebeyos y aun de absorber a los unos y esclavizar a los otros; con su concepto propio de la vida, del Estado, de la sociedad con sus virtudes y debilidades peculiares».

Acá, no. Acá sólo hubo, dentro de la clase dirigente, el grupo de los menos afortunados que miraban con admiración y deseo, no sin envidia, a los más afortunados, procurando siempre copiarlos, si se podía, explotarlos, y, si no se podía, atacarlos. «Este grupo social, sin arraigo ni influencias, no sólo tenía en contra su insignificancia numérica, la mediocridad de sus aptitudes y la situación ambigua de una colectividad en que nadie estaba a su gusto y de la cual pocos querían confesarse miembros, sino que carecía, además, de independencia, de libertad de acción. O se enrollaba en la clientela de los gobiernos y de los magnates o perecía de hambre». ¿Se recuerdan los inútiles esfuerzos por constituir una Federación de la Clase Media? Las observaciones del señor Edwards explican el fracaso.

Se necesitaron muchos años para que empezara a existir en Chile algo así como una clase media digna de contarse.

Entre los motivos de esa tardanza, el señor Edwards apunta uno honroso para la vieja oligarquía: la clase dirigente, como la aristocracia inglesa, no les cerraba sus puertas, sino, al contrario, atraía y se incorporaba a los hombres de verdadero mérito, desprovistos de fortuna o situación —Montt, Varas, Altamirano, Walker, etc.— de tal manera que, al mismo tiempo que se robustecía a sí misma y se afirmaba en sus posiciones, debilitaba al enemigo y le impedía acceder a los altos puestos.

He ahí una lección de verdadera democracia dada por este monarquista.

Si la alta clase social la hubiera oído o practicado en la enseñanza y en el ejército, la evolución política y económica de Chile llevaría un rumbo diverso.

Pero otra de las enseñanzas históricas del señor Edwards es que debemos a nosotros a los hechos producidos, sin formular demasiadas hipótesis rectificatorias.

Tenemos que nuestra aristocracia peruana absorbía los buenos elementos, los hombres dignos de triunfar y de mandar, vinieran de donde vinieran.

Ahora es: no se nota, debido a un espejismo.

«Apellidos que hoy —pág. 27— parecen como un símbolo de peluconismo intraligante y aristocracia feudal, pertenecieron en su tiempo a hombres modestísimos, desconocidos y pobres provincianos, a humildes menestrales que debieron sólo a la superioridad intelectual y moral su exaltación a los más altos puestos del Estado el rango social que ocuparon».

«Por temor de herir la vanidad humana no cito nombres propios porque los descendientes de esos precarios hijos, hijos de sus obras, hoy, después de dos o tres generaciones, o figuración histórica, presumían acaso venir de las estirpes de los reyes godos».

El gusto de la contradicción y la paradoja se hereda en el señor Edwards, del modo más natural, con una flecha humorística, muy británica, que se dispara de pronto y queda en el blanco.

Habla, por ejemplo, del interregno anárquico entre O'Higgins y Portales y de las luchaciones ideológicas de que estuvo lleno. «Sin duda —escribe— aquí, como en los demás países, los juriconsultos y los ideólogos perdieron su tiempo redactando constituciones y discutiendo principios de derecho público: no cometeré la puerilidad de recordar esos trabajos completamente inútiles» y prueba su desdén siguiendo adelante.

«Dijimos que, a juicio suyo, la clase media no existía, ni tampoco el pueblo. Se entiende, como fuerza política. El pueblo carecía de opinión propia, aun en tiempo de Balmaceda; lo pudo comprobar con amargura el Presidente al volverse hacia él, en busca de apoyo, el año 91, y encontrar que se estaba apoyando sobre el vacío».

En verdad, no hubo en Chile ni siquiera partidos políticos medianamente accesibles al vulgo hasta que intervino la cuestión religiosa.

A ésta, el señor Edwards, le da, hondamente, toda su importancia.

Que es fundamental.

El gran hecho que origina y preside la evolución moral del siglo XIX es la decadencia de la fe y la creencia en el progreso indefinido, gracias al liberalismo científico. Bien, pero ¿cuándo empezó la religión a decaer? En verdad, como todo cuerpo vivo, probablemente, desde que nació; cada cual, en cierto modo, envejeció desde el día en que,

llegaba al mundo. Solo que ya no va quedando casi nada de lo que era todo. Léase la emocionante página 136 sobre «el terror de alta mar» que sufren los navegantes al no ver ante sí más que el caos y la ruente y el curiosísimo e interesantísimo cuadro sinóptico de la página 138 con sus etapas paralelas entre los hechos religiosos y los hechos sociales, políticos, económicos, etc. Hay allí tema para un libro.

Reproduzcamos, de todas maneras, su definición del liberalismo, no del actual, puramente político y económico, sino del otro, el del siglo XIX, principalmente religioso o, como se decía y siguió diciéndose, «doctrinario». «El liberalismo —página 148— o para hablar con más propiedad, el espíritu del siglo, no es en el fondo y principalmente una doctrina política, sino una revolución espiritual, una creencia, una filosofía que, si tiene sus teólogos y doctores, también penetra en forma instintiva hasta lo más profundo de las masas. Es el alma misma de la sociedad en rebelión contra las ideas y sentimientos hereditarios y contra las formas históricas de la cultura. Es, pues, una religión, negativa, si se quiere, en parte, pero al fin una religión cuyo dogma fundamental es la esperanza en el progreso...» Agrega con razón: «No se comprenderá sino muy imperfectamente la historia de Chile, sobre todo durante el último medio siglo, si se prescinde de este hecho».

Su existencia defrida y concreta puede fijarse en 1875, cuando Errázuriz Zañartu dió vida a la Alianza.

Esta Alianza Liberal nunca llegó a realizarse por completo; pertenece más bien a la mística popular, pero tuvo la importancia inmensa de alzar una bandera inteligible a la masa, tan inteligible como la bandera contraria, la Religión. «Desde entonces —dice el señor Edwards, página 158, con uno de sus rasgos peculiares y lanzando el dardo sin hacer un gesto— cada ciudadano pudo darse el lujo de tener una opinión».

Ese tono desenfadado unido a las más agudas observaciones y a los pensamientos de alcance universal procura el placer de estar leyendo, no una simple narración de acontecimientos documentados, sino lo que se llama la historia por dentro, desde sus causas y desde la verdad o, al menos, desde la franqueza, sin solemnes fórmulas ni convencionalismos.

Hablamos del espíritu subversivo notable en «El Último Pelucón». Después de Balmaceda y a lo largo de toda la «paz veneciana», la «anarquía de salón» como define el parlamentarismo imperante hasta 1920, pueden advertirse en ese espíritu inclusas vetas revolucionarias. Jamás discute la necesidad de reforma nunca se queda en el pasado ni vuelve siquiera hacia él los ojos; reprocha una y otra vez a la clase dirigente su ceguera, su inercia, su conformismo, su reposo egoísta y su sordera a los justos reclamos; ve en ello su sentencia de muerte y podrá lamentarlo, pero jamás toma su defensa.

La sonrisa burlona le aparece a flor de labio cuando pinta el régimen.

«Una lista de seis caballeros asumía el poder, o lo que llevaba ese nombre. Honorables señores de buenas intenciones, pero sin ningún programa que realizar ni ideas muy definidas respecto a los problemas de la Administración, iban a sentarse por pocos meses en el sillón de los Ministros, a firmar maquinalmente los decretos y proyectos de ley elaborados por una burocracia casi tan inerme como ellos mismos. «Discretos, ponderados, juiciosos», la suprema ciencia política de esos hombres de Estado era la de identificarse todo lo posible con la inmovilidad de su sillón curul de su gabinete. Tenían que desempeñar un lucido papel con la caballeresca mesura del que ocupa en la Cámara un palco principal. Prudente dejar de lado todo lo que significase innovación o lucha de intereses. «Yo no soy una amenaza para nadie» dijo un estadista de éstos. «No hay sino dos clases de problemas en política, agregó otro, los que se resuelven solos y los que no tienen solución». Apenas es necesario agregar que los autores de estas máximas llevaron ambos a la Presidencia de la República».

El trozo está hecho para la entología.

Hay muchos más de ese temple, de esa gracia original y de esa penetrante exactitud en esta Fronda Aristocrática que, hoy más que nunca, merece volver a ser leída y releída, como se debe mediándola.

Es, sin duda, de los mejores libros chilenos.